

Caligrafía experimental: ex libris

[p04]



Alejo Accini
Natalia Ávalos
Pamela Blanco
Diego Cappelletti
Pablo Cosgaya
Fernanda Cozzi
Eugenia Curti
Carolina Daujotas
Natalia Fernández
Delfina Japaz
Alvaro Ghisolfo
Diego Gorzalczy
Andrés Lagares
César Mordacci
Vanina Rodríguez
Marcela Romero
Alejandro Sánchez Menéndez
Ana Sanfelippo
Juan Serrovalle
Rodolfo Viale
Julián Villagra

Objetivos

- ☞ Experimentar y explotar las posibilidades expresivas de la caligrafía.
- ☞ Ampliar los conocimientos sobre escrituras históricas.
- ☞ Practicar la síntesis morfológica mediante el trazado caligráfico.
- ☞ Experimentar el uso del color cromático en el trazado caligráfico.
- ☞ Experimentar el uso de materiales y técnicas gráficas diversas y de formatos pequeños.
- ☞ Analizar las características morfológicas de cada signo para encontrar criterios de fusión y relación en un grupo de letras.
- ☞ Aplicar los conocimientos de espacio y composición en combinación con un trazado caligráfico más experimentado, para generar signos propios.
- ☞ Estimular operaciones de búsqueda de un grupo de signos generados manualmente con características propias y comunes entre sí.
- ☞ Establecer criterios de combinación entre signos caligráficos y tipográficos.
- ☞ Lograr una pieza personal y de identificación, con un determinado objetivo a cumplir.
- ☞ Contemplar la producción en serie de una pieza.

Ejercitación

Se realizará un ex libris representativo del alumno, operando con caligrafía y tipografía. El mismo deberá contener el monograma o el nombre de cada uno* realizado mediante recursos caligráficos (primera jerarquía) y las palabras «ex libris» resueltas con tipografía (segunda jerarquía). Pueden incluirse otros recursos caligráficos. Los signos caligráficos podrán tener como referente las escrituras históricas estudiadas pero el resultado final será un producto con características propias. Las palabras «ex libris» serán compuestas en tipografía elegida por el alumno. El tamaño y el formato de la pieza son a elección, pero deberán ser acordes a su función: será empleado para etiquetar libros, por lo tanto se tendrá en cuenta que un formato de libro común es similar al A5 (210 mm de alto x 148,5 mm de ancho). El soporte es papel. El trabajo podrá elaborarse en blanco y negro o en color. Se entregará un ex libris montado en una fotocopia de un libro de bolsillo y otros dos sueltos. En el dorso de todas las piezas se colocarán los datos del alumno y de la cátedra. Se adjuntará un sobre con el proceso de trabajo.

ex libris.

(Loc. lat.; literalmente, 'de entre los libros').

1. m. Etiqueta o sello grabado que se estampa en el reverso de la tapa de los libros, en la cual consta el nombre del dueño o el de la biblioteca a que pertenece el libro.

Real Academia Española

Cronograma

24/06: Lanzamiento del tp

01/07: Preentrega

15/07: Entrega

Antes de entregar, corroborar que se cumplan las siguientes condiciones:

- ☞ Los recursos utilizados son caligráficos salvo en las palabras «ex libris» que son tipográficos.
- ☞ La pieza contiene el monograma, iniciales o nombre y las palabras «ex libris».
- ☞ Se entregan tres ex libris (uno montado y dos sueltos)
- ☞ Se entrega un sobre con el proceso.

(*) Consultar con los docentes de la comisión por alternativas al nombre, cantidad mínima de letras y complejidad de las mismas.

De los ex libris y la vanidad

El verdadero bibliófilo es un ser pacífico y amable, de expresión dulce y ademán gentil. El trato con los libros preciosos ha hecho su mano suave y delicada –suavidad mariposeante, delicadeza de caricia fugaz– y ha dado a toda su persona una reposada apariencia de atención afectuosa. Pero en las entrañas del buen bibliófilo dormita siempre un genio irritable, que despierta ferozmente cuando los mercaderes entran en su templo. Toda herejía con los instrumentos de su culto lo saca de quicio, y es justo que así sea. Sólo que a veces motiva su acrimonia un sentimiento menos definido y disculpable.

Un bibliófilo de verdad visitome anoche. Llegó irritadísimo, y antes de saludar, me tendió un papelillo rectangular. Era un ex libris, ingeniosamente concebido, ágilmente ejecutado, esmeradamente impreso.

Mientras yo lo observaba, mi visitante estalló como un petardo:

—¿Sabe usted de quién es eso? ¡Ira de Dios! Si ya no hay vergüenza. Y pensar que el Código Penal no tiene un articulillo que lo prohíba... Pues, señor mío, ese ex libris, firmado por uno de los más famosos dibujantes de la hora presente, pertenece a un ganadero multimillonario y analfabeto. ¿No es para tirarse a un pozo de cabeza? El buen señor posee uno de los mejores palacios de la ciudad; posee una soberbia galería de cuadros, que no ha elegido él, naturalmente... ¡si no sabría diferenciar un garabato mío de un Rembrandt!... Posee una biblioteca con incunables y misales antiguos, y Elzevires y todo lo que usted piense, comprados en sumas fantásticas por sus comisionistas en Europa... Alguien le sopló la necesidad de un ex libris. Y ahí lo ve usted. Un ex libris digno de un sabio entre los sabios.

Sonreí con disimulo, y como estaba de buen humor, argüí lo siguiente:

—Su indignación no es nueva, amigo mío. Si no recuerdo mal, leí alguna vez, no sé dónde, probablemente en Luciano, una diatriba contra los ignorantes

ricos que poseen grandes bibliotecas. Pero seamos lógicos. Si los millonarios legos no protegiesen a los artistas, el arte decaería. Los que comprenden y aman un cuadro son, generalmente, pobres, y no pueden adquirirlo para llevarse a su casa y adorarlo a solas. Por lo demás, siempre queda la esperanza de que, al morir, el propietario de una pinacoteca notable la ceda al municipio para enriquecer los museos comunales. Lo mismo pasa con los libros. Cuando se realiza una subasta de manuscritos iluminados, de ejemplares rarísimos o espléndidos, aquí y en todo el mundo, el bibliófilo, si no es hombre de fortuna, suele quedar vencido y humillado por el dinero de un opulento ignorante y vanidoso. Pero no me dirá usted que nos saca el pan de la boca... Felizmente, los libros destinados a leerse, los libros de ciencia, de arte, de literatura, de todos los autores, están al alcance de todos los bolsillos. Son las piezas de museo las que cuestan un disparate... Pues conformémonos con admirarlas en los museos. ¿No entran, en altas dosis, en ese deseo de poseerlas, la vanidad, el amor propio, el egoísmo? Y aprobemos la protección que el acaudalado, sea quien fuere, dispensa a los anticuarios, a los artistas, a los impresores, e, indirectamente, al pensamiento creador.

—Convenido —aceptó mi visitante, demasiado ofuscado para discutir aquello. E insistió: —Pero ese ex libris...

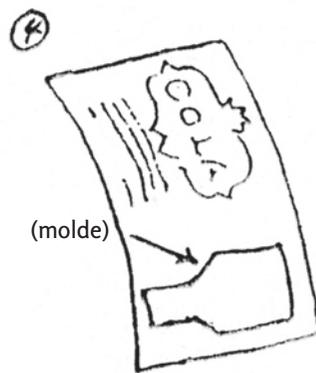
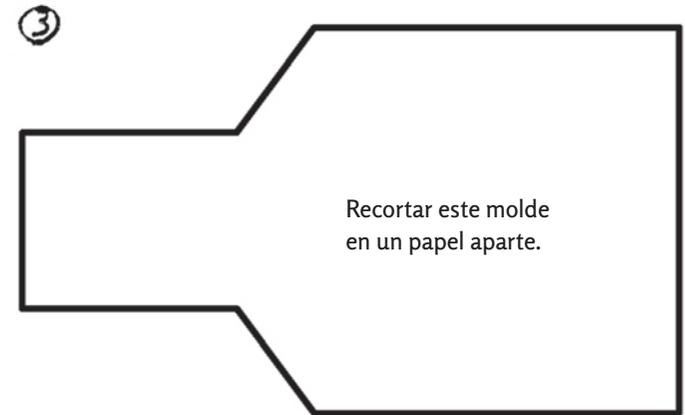
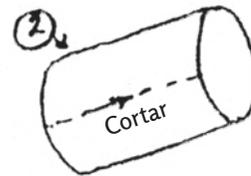
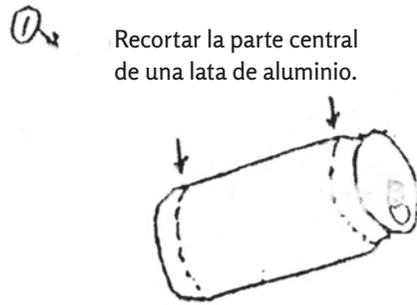
—Este ex libris —le interrumpí, sin dejarlo respirar— es el sello que el propietario pondrá a sus libros, con el mismo derecho que le asiste para poner su marca a los animales de su estancia y su monograma en la portezuela de sus carruajes, en su vajilla y en sus pañuelos. ¿Vanidad de vanidades? Pues a todos, bibliófilos o no, les sienta bien esa divisa. ¿Qué es un ex libris? Una parodia en papel de los blasones cincelados... Es cierto que tiene su linaje: ¿no dibujó Durero el más antiguo que se conoce? Pero también es cierto que son tan asequibles... Porque, amigo mío,

ni abundan ya los blasones ni quien los tiene encarga estamparlos en oro, sobre el taflete de sus libros, al grabador heráldico. Eso era fastuosidad arcaica de monarcas, de un Carlos V, de un Luis XIII, de los Enrique... o de los grandes señores que apenas sabían firmar... o de esas deliciosas criaturas semianalfabetas que se llamaron Mme. du Barry o Mme. de Pompadour, y cuyos libros deslumbrantes hacen palidecer a los bibliófilos... El ex libris cuesta poco y permite al modesto émulo de los potentados ostentar títulos que probablemente no tiene... Estampilla personal, se la decora con los atributos del talento, de la sabiduría, de la gloria... Usted y yo conocemos centenares de ellos, pertenecientes a necios, con símbolos y leyendas sublimes allí profanados. Nadie se queda corto; el ex libris es considerado como una síntesis espiritual de su dueño, y éste se complace en seleccionar los elementos que combinará el dibujante. Si aun de eso es incapaz, encarga directamente a la imaginación ajena algo que deslumbre y encante a los bobos... ¿No basta, para llenar su necesidad, un ex libris pequeñito como un sello postal, con el nombre del poseedor? Así lo entienden grandes y finos espíritus de nuestra época. Pero lo común es encontrar los enormes, casi del tamaño de los libros, y bien aprovechados, con emblemas, guardas, divisas... No condene usted, pues en términos absolutos, a nuestro convecino millonario. Con este ex libris nos da una conmovedora prueba de humildad, descendiendo al nivel de cualquier bibliófilo pobre. Él pudo adquirir títulos nobiliarios a precios módicos, ahora que se liquidan en el viejo continente, y hacer grabar, nielar, damasquinar, esculpir sus armas, sobre encuadernaciones maravillosas. Los bibliófilos del porvenir se disputarían esos ejemplares, como los actuales disputan los que pertenecieron a ilustres ignorantes del pasado. En cambio...

Mi visitante no quiso oírme una palabra más. Salió furiosamente de la habitación y dio un portazo que hizo estremecer todos los cristales de la casa.

El texto es una lectura sugerida de Rafael Alberto Arrieta, tomada de *El Encantamiento de las Sombras*, Emecé, Buenos Aires, 1928.

Construcción de la “colapen”



Cortar la pieza de aluminio según el molde.

